

Las vidas de Laura
EL RÍO NO OLVIDA

Las vidas de Laura
EL RÍO NO OLVIDA

LOS GURISES
6° Año Itinerarios Formativos
EES N° 2 - Verónica

«Las vidas de Laura. El río no olvida.»

Un proyecto educativo elaborado en el marco del Programa Jóvenes y Memoria, coordinado por la Comisión Provincial por la Memoria.

Investigación y diseño integral: **Los gurises**

Los gurises son: Juan Laureiro, Emiliano Mina, Alexandro Ruiz Díaz, Micaela Saganías, José Vio y Jezebel Grabchuk, alumnxs de **6° año** para **Gráfica Editorial**, Itinerarios Formativos en Diseño Gráfico Multimedial | EES N° 2 Verónica

Coordinación: **Prof. DCV Natalia Acosta**

Ilustraciones del interior: **Juan Laureiro**

Bordado original de tapa*: **Graciela Vanzán**

Escuela de Educación Secundaria N° 2

Calle 31 y Circ. 12 s/n. Verónica, Punta Indio, Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: (02221) 48 0581 | e-mail: media2veronica@gmail.com

Impreso en Argentina, en Noviembre de 2017.

Este es un libro es de distribución gratuita. PROHIBIDA SU VENTA.

() El punto cruz utilizado por Graciela para el bordado de tapa es el mismo que las Madres utilizan en sus pañuelos blancos, en el que bordan la consigna "Aparición con vida de los desaparecidos. Asociación Madres de Plaza de Mayo". Las Madres socializaron la maternidad, por esa razón no reivindicaron a los hijos individualmente, ni los identifican por sus nombres y apellidos, sino que lo hacen en forma colectiva, y se reconocen Madres de todos los desaparecidos.*

Este es un homenaje a las Madres y su lucha incansable por Memoria, Verdad y Justicia.

«El río siempre devuelve
lo que no le pertenece.»

Adolfo Pérez Esquivel

AGRADECIMIENTOS

fxbg

INTRODUCCIÓN

ghnxfj

PRÓLOGO

ghnxfj

ÍNDICE

ghnxfq

A Laura, Leticia y Toto.

A nuestrxs 30.000.

*A todxs lxs que luchan por
Memoria, Verdad y Justicia.*

≈
CAPÍTULO I
≈



Laura, una bebé

Era un día soleado de octubre de 1976. Toto asoma la cabeza por la ventana y respira el aire de primavera. Tenía una cita, sabía que iba a ser algo rápido, daba una señal y volvía. La tarde estaba preciosa, así que decidió salir con Lauri.

-¿Querés dejarme a la nena? –le preguntó la casera, viendo que Toto preparaba un saquito y la muñeca preferida de su hija.

-No, no se preocupe... si voy y vengo –respondió Toto pensando en que podría traer unos bizcochos a la vuelta para el mate con esta mujer que los estaba ayudando tanto.

Sale de la casa con la bebé en brazos, baja unos escalones que tenía la entrada, pensando en que salió demasiado temprano. De pronto ve venir al repartidor de diarios. Juan era un muchacho de unos 19 años que pasaba todos los días repartiendo por el barrio, y a quien Toto le había tomado aprecio en los días de vivir ahí.

-¡Hola Toto! ¿Cómo anda todo? –lo saluda el joven.

-Bien, ¿y vos? “Hola, Juan” –dice impostando la voz y moviendo la manito de Laura a modo de saludo.

-Bien, acá... con mucho trabajo, todavía me quedan muchas cuadras para repartir –responde Juan.

-¿Y te aumentaron o te siguen pagando lo mismo?

-¡No, qué me van a aumentar! Me dijeron que me iban a aumentar el mes que viene recién, pero eso mismo me dicen todos los meses, y si te quejás mucho viste cómo es... está brava la cosa.

-Bueno, pibe, pero es lo justo, deberían pagarte más. ¡Te están explotando! Y ya sabés, si necesitás una mano, me decís –le dice Toto con una sonrisa, mientras Laura abrazaba a su muñeca balbuceando contenta.

-Gracias, Toto, siempre ayudando vos...

Toto mira su reloj y ve que ahora sí, ya casi es la hora pautada y se pone serio.

-Bueno pibe, te dejo seguir el reparto. ¡Cuidate!

Toto acomoda a Laura sobre su brazo izquierdo y emprende la marcha. Muchas cosas pasaban por su cabeza. La situación en el país estaba cada vez más fulera, habían caído varios compañeros y él sabía el riesgo que corría. Pero estaba seguro de que esa lucha era por un país mejor para todos, para Laura... de pronto se da cuenta que en un mes Laura cumplirá su primer año. ¡Qué rápido estaba pasando el tiempo! Laura lo saca de sus pensamientos con un lloriqueo y tirándole de la camisa. Se le había caído su muñeca, una muñeca de trapo, muy linda con pelo lacio color crema, que Laura adoraba. No dormía sin ella. Toto entiende enseguida, y rápidamente se agacha y levanta la muñeca, limpiándola un poco. Laura sonrío abrazando nuevamente a su muñeca, y apoyando su cabecita de rulos en el hombro de su papá. Ya estaban a pocos metros del punto de encuentro con su cita. Toto apretó los dientes y siguió su camino. Al dar la vuelta a la esquina todo se derrumbó, los milicos lo habían descubierto y lo tenían rodeado. Corrió, su corazón latía fuerte, de frente venían otros dos, de civil, sacando sus armas, sabía que ese era el final. Miró a su alrededor, estaba justo frente a un bar. Sin pensarlo más, se asomó y dejó a Laura allí, para que no pudieran hacerle daño. Abrazó bien fuerte su cuerpito, la

miró a los ojos, esos ojos negros, iguales a los suyos, que ahora estaban asustados por los gritos. La besó sabiendo que sería el último beso, que no podrían soplar juntos la velita número uno. Tenía mucha información y no podía soportar el pensar que pudieran usar a su hijita como parte de las torturas. Colgada traía la pastilla de cianuro con la que no les daría chance a estos tipos. Todo se fundió a negro en un segundo.

Toto se fue, pero para estar siempre presente.

La historia de Toto

Orlando René Méndez, “Toto”, nace en la localidad de San Salvador, Entre Ríos, el 10 de noviembre de 1946. Su papá tenía un campo, y su mamá era modista. Con Norma, su hermana un año mayor, eran muy unidos, tanto que hacían todo juntos.

Norma recuerda su vida junto a su hermano: *“Cuando yo hice primer grado a los 6, Toto tenía 5 y lo mandaron a preparar con una maestra particular. Al año siguiente entró y arrancamos juntos. Nos sentaron juntos, me acuerdo, y en otros grados también nos sentaban juntos, siempre juntos. Cuando bailábamos, bailábamos juntos, yo no sé si porque teníamos condiciones o porque íbamos a la escuela nacional que quedaba en las vías (en San Salvador) que dividían el centro de los suburbios, y nosotros éramos del centro, entonces tal vez era porque éramos los únicos que nos podíamos comprar el traje, (risas). Pero no nos revelábamos, estábamos acostumbrados. Yo no me acuerdo de haber peleado ni discutido, nunca. Por ahí íbamos a quedarnos en la casa de nuestros abuelos, juntos. Una vez fui yo sola a lo de una tía y cuando volví a casa estaba Toto*

sentadito en la puerta esperándome mirando para el lado que yo venía, me extrañaba (recuerda entre risas). Y jugábamos juntos, teníamos más o menos los mismos amigos. Íbamos al circo, que tenía obras de teatro. Y hacíamos obras de teatro entre nosotros.

Cuando terminamos la primaria nos fuimos a vivir a Concordia porque en San Salvador no había secundario. Y en el Nacional estuvimos en la misma división desde primero a quinto año, ya no nos sentábamos juntos, claro. Empezamos el secundario en 1959. Toto no tenía muchos amigos del colegio, sus amigos eran del barrio, todos eran del barrio. Y en casa era siempre lugar de reunión. Y desde que aprendió a manejar, a los 14, cargaba el auto de amigos, era de terror, loco para manejar, pasaba escombros por encima por ejemplo. Chocó varias veces. Una vez chocó y papá le hizo pagar el arreglo, y vendió una colección de historietas que tenía... por supuesto que no le alcanzó, pero sí lo sufrió. Y bueno, en esa época, la materia que le gustaba era Lógica, que yo nunca la entendí. El único en la clase que prestaba atención era él. Pero como alumno, en general, era mediocre, se llevaba materias, aunque nunca repitió.

Cuando terminó el secundario, en 1963, los hermanos Méndez se fueron a estudiar a La Plata, Norma se volvió a Entre Ríos al poquito tiempo, y Toto se quedó cursando medicina. Vivió primero en una pensión, que fue donde conoció a sus amigos, los Rosell, Cacho Fontana, Cacho Sanz. Después se fue a un departamentito con otro amigo arriba de una panadería, y los dueños de la panadería lo querían muchísimo. Al tiempito la conoció a Leticia.

Guillo, hermano de Leticia cuenta que se armaban discusiones políticas en la familia, todos a los gritos, hablando, y Toto siempre mirando con una sonrisita, callado, de repente decía cuatro palabras y les tapaba la boca a todos. Recuerda a su cuñado como un “bocho”, y que Juan, su papá, lo adoraba.

El 3 de abril del '70 Toto y Leticia se casaron por civil en La Plata, y celebraron con una cena con algunos familiares y amigos en Turdera, a donde llegaron todos –incluso los recién casados– en tren, gritando “¡vivan los novios!”.

Al principio la pareja tenía alquilado un departamento en Palermo, él había dejado Medicina para empezar Sociología, y ella estudiaba Psicología. Luego se mudaron a un departamento que les había comprado el papá de Toto, en Guardia Vieja casi Belgrano. En esta época Toto trabajó en el penal de Devoto. Embarazados de Laura se fueron a vivir a Hurlingham, y Toto trabajaba en Carrier, la fábrica de aires acondicionados y militaba en Montoneros. Era integrante del Movimiento de Inquilinos Peronista (MIP). Norma tiene recuerdos de esos días intensos:

“En Hurlingham, en un momento tuvieron un nenito. Yo vi un triciclo, y pregunté, y Leti me respondió con evasivas. Ellos habían ido en esos días a Monte Hermoso con un nene, nos contaron los abuelos Oliva. Y seguramente ese nene habría sido hijo de desaparecidos. Tenían mucho contacto con la tía Checha, el último tiempo iban bastante, iban a comer, seguramente no tendrían un mango.

Un día recibimos una carta, en Concordia, no recuerdo cuánto tiempo antes de que desapareciera Toto, tal vez dos o tres meses como mucho. Ahí nos dimos cuenta de que se complicaba todo, porque nos escribía cosas que no eran las usuales, era una carta muy rara, diciéndonos que se mudaban a una casa hermosa que habían comprado con parra y no sé qué otras pavadas, una carta bien rara para que nos diéramos cuenta de que la situación cambiaba. Nos decía que él se iba a comunicar con nosotros y no nos daba ningún dato de dónde iban a estar ni a dónde nos podíamos comunicar. Que estaban bien, que nos querían muchísimo.

Con mamá mirábamos el diario todos los días, con miedo de en-

contrarnos con la noticia. Porque todos los días caía gente.”

A Toto lo habían designado responsable de la Juventud Trabajadora Peronista de Zona Oeste y según cuenta Norma, fue ahí cuando dejaron la casa de Hurlingham. *“Nos llegó una carta, que yo siempre me arrepiento tanto de haberla roto, porque en la desesperación, cuando nos avisaron que no lo encontraban, cuando desapareció, me dio terror que entraran a la casa de papá y mamá y encontrarán la carta, así que la rompí y la tiré al inodoro.*

Cuando vivían en Guarda Vieja, era la casa del pueblo. Todo bicho que caminaba iba a parar ahí, y con más razón si estaban complicados.

Papá sabía bien en qué andaba Toto. Un tiempo antes, papá le había dicho a Toto que se venga al campo, que él se encargaba de que Leti pudiera seguir estudiando, que la llevaría y la traería de Buenos Aires para que pudiera seguir cursando, y él no quería saber nada. También le ofreció la estación de servicio que había comprado en Villaguay para que manejaran él y Orlando (marido de Norma). Pero por supuesto no aceptó.

Nuestra prima Nita una vez viajó a Buenos Aires y habló con él, le dijo “Toto pensó en tu hija, por favor”, y él le respondió “Justamente por ella lo hago”. Él estaba totalmente convencido, Leti no estaba tan convencida, creo. Tenía sus ideales y convicciones firmes, pero no estaba dispuesta a correr tanto riesgo, me parece. Por eso cuando desaparecieron, yo rogaba más por Leti que por él, porque ella no quería ese final, en cambio él sabía el riesgo que corría.

El 21 de octubre de 1976, alrededor de las 16 hs. Toto sale de su casa con su hija Laura de tan sólo 11 meses de vida. Se dirigía a una cita pero es interpelado y secuestrado en plena vía pública. Los llevan a ambos a la ESMA; Toto llega muerto, ya que se toma la pastilla de cianuro para no entregarse con vida. La beba sería luego recuperada por su familia.

También en 1976 Marta Álvarez, compañera de militancia de Leticia, fue secuestrada y llevada a la Escuela de Mecánica de la Armada, donde permaneció hasta el inicio de la democracia. Estando en cautiverio tomó conocimiento de que Toto había caído con su beba y había muerto por haber ingerido “la pastilla”.

-¿Lo conocés? –le preguntó un verdugo a Marta, mostrándole una foto del entrerriano.

-Claro, es Toto –respondió la mujer, que permanecía detenida-desaparecida en el centro clandestino.

-Cayó con una beba –le confirmó.

Marta pidió cuidar a la nena el tiempo que fuera necesario. Cuidó de Laura. Pidió a sus captores leche y pañales. La arropó, la protegió. Tuvo un sentimiento especial hacia esa pequeña, que sentía indefensa. y, antes que la llevaran para dejarla en Casa Cuna, y arriesgando su vida, Marta escribió en un pequeño papel que esa beba era hija de Orlando René Méndez y de Leticia Margarita Oliva. Cuando la pequeña llegó a la Casa Cuna, el mensaje fue descubierto en su pañal. Gracias a esa nota la familia de Laura dio con ella. Norma recuerda cómo fue la desaparición de su hermano:

“Cuando desapareció Toto nos enteramos que habían estado parando en la casa de la madre de unos amigos, que fue de donde salió él con Laura, de once meses, el día que los secuestraron. Era cerca del Cid Campeador, en una diagonal, por ahí, no recuerdo. Fuimos ahí con mamá después, y la señora nos contó que él había tomado café con leche antes de salir y que ella le dijo “Dejame la nena, si querés”, y él le dijo “No, no, si voy y vengo”. Leti no estaba en ese momento.

Cuando desapareció Toto, Leti llama a Concordia y nos cuenta que Toto había tenido un accidente y que andaba con Laura. Por supuesto, ya sabíamos lo que significaba. Una hora más tarde mamá

y papá se tomaron un avión y empezaron la búsqueda, ellos dos, porque Leti no podía exponerse. Ella andaba saltado de un lugar a otro, llevada por compañeros. La veíamos en encuentros muy cortitos, en lugares variados. Demoró unos días en avisarnos que habían desaparecido, no sé cuántos días, no tengo idea, tres o cuatro tal vez, porque primero intentaban localizarlos los compañeros, para no dar falsas alarmas.”

Fueron los padres de Toto quienes denunciaron la desaparición de su hijo. Los separaron para declarar, para ver si se pisaban. Ya habían quedado de acuerdo en decir que hacía meses que no los veían, y que no tenían relación con Leti porque no estaban de acuerdo con el casamiento. Que habían buscado a la beba por cuenta propia, sin estar en contacto con ella.

La que más andaba en ese momento era la mamá de Toto con Juan, el papá de Leticia, que tenía mucho miedo. Leti les dice que busquen en los hospitales. Y ahí fue que encontraron a Laura en Casa Cuna. Cuenta Norma: *“Los hicieron pasar y la ven en una cuna con barrotes, con los piecitos para afuera, a las risas, y le habían puesto un nombre que no recuerdo. Pero como hacía bastante que los abuelos no la veían, aunque mamá estaba segura que era Laura, por las dudas fue la tía Checha que era quien la veía seguido. Además la beba había llegado con el papelito que decía hija de quién era, así que no había dudas. Y ahí demoró unos dos o tres días el trámite que tuvieron que hacer para sacarla de Casa Cuna, y salimos directo para Entre Ríos.”*

Laura reflexiona sobre la decisión de su papá de tomarse ‘la pastilla’:

“Mil veces me pregunté por qué papá me lleva a la cita. Sabemos que papá cae en la semana de las citas nacionales. Se le llama así a una semana de octubre del ‘76 en que cayeron cientos de montoneros por una lista que le encontraron a una militante en la que estaban

anotadas todas las citas de contacto que se iban a hacer en todo el país.

Según me explicaron, una cita de control implica sólo hacerse ver por la otra persona, y dar alguna señal a lo sumo. Es decir, probablemente íbamos con papá por una vereda, y en la vereda de enfrente estaba la cita. Sólo se miraban, daban el ok (o algo así) y listo. Nos secuestran allí mismo.

El que sepa cómo congeniar las ganas de vivir, de tener hijos, de formar una familia, de vivir; con la voluntad de ensuciarse de patas y manos en el barro para meterse activamente en la historia, con la grandeza y la generosidad que no todos tenemos; que diga cómo. “No hubiera tenido hijos”, abstenerse.

Mil veces pensé por qué papá se toma la pastilla de cianuro y me deja en manos de esta gente. A veces lo obvio lleva años de entender si no se pide ayuda.

Si papá no tomaba la pastilla de cianuro, caía con vida y con mucha información para dar. Yo hubiera podido ser objeto de tortura para sacarle información a él. Una situación ideal para los genocidas.

Papá estaba muerto, yo ya no servía, por suerte. O por convicción, y mucho huevo.

Pudo haber salido todo mucho peor, pero no fue así. Me llevó por que quería estar conmigo y punto.”

Orlando René “Toto” Méndez continúa desaparecido. Todavía hoy sus familiares no saben dónde están sus restos.

ORLANDO MÉNDEZ PRESENTE.

AHORA, Y SIEMPRE.

≈
CAPÍTULO 2
≈



Laura, una niña

Mediados de 1980. Laura duerme la siesta en su habitación de la casa de los abuelos Meco e Inés en Concordia. De pronto empieza a moverse; estaba soñando. Moviendo sus labios dice el nombre de su papá y su mamá, al parecer ella estaba soñando con sus padres cuando ella era más chica y los tenía a su lado. De sus papás ella sabía lo que le contaban sus abuelos y tíos.

La abuela Inés estaba tomando mate en la cocina cuando escucha la vocecita de su nieta. Deja el mate, se levanta y entra al cuarto. Se acerca a la cama de Laura y se sienta al lado de ella, y acariciándole la cabecita intenta despertarla de la pesadilla. En voz baja le pregunta qué soñaba.

-Soñé con mamá—dice Laura entre sollozos.

-¡Entonces era un sueño lindo, mi vida! Contame qué soñaste, porque gritabas mucho...

-Eran cosas lindas, hasta que llegaron esos hombres... yo gritaba porque estaba jugando con mamá y de pronto esos señores vinieron y se la llevaron, y me dejaron ahí tirada, gritando su nombre. ¿Por qué se la llevaron?—sigue Laura sin poder dejar de llorar.

-Fue un sueño Laurita... Vos siempre tenés que saber que mamá y papá eran muy buenos y solidarios, ellos querían que todos tuvieran para comer, que todos tuvieran para jugar, que todos pudieran estudiar. Pero en el gobierno hay gente muy mala que no quiere eso, por eso se llevan a la gente como tus papás. Hay cosas que son difíciles de explicar, cuando seas más grande vas a poder

entenderlo mejor. Vení, levántate y vamos a tomar una leche, no te pongas más triste, tenés que estar alegre mi amor... tu mamá y tu papá te querían muchísimo, y no querrían ver que estés tan triste –dice la abuela mientras la abraza y le seca las lágrimas.

Laura se levanta, va al baño, se lava la cara y se cepilla los dientes, y va para la cocina a tomar la leche con su abuela.

La abuela se siente mal por la tristeza que atraviesa a su nietita. Laura siempre había sabido la verdad, pero aunque le contaban que sus papás querían un mundo mejor para ella y que esos señores malos los mataron por eso, sabía que había cosas que no podía contarle hasta que no tuviera la edad suficiente como para entenderlas. Y que todo seguía siendo injusto.

La abuela acomoda el mate y se lleva el termo, el mate y un par de galletitas para despertar a su marido, con tristeza en la mirada.

-¿Qué pasó? –pregunta Meco tomándose un mate.

-Laurita... tuvo una pesadilla, soñó otra vez con Leti. – Inés ceba un mate para ella mientras no puede contener las lágrimas.

-No llores, vení... yo después hablo con ella, la puedo llevar a visitar a los primos, para que se distraiga –ofrece el abuelo Meco rodeando los hombros de Inés.

La abuela Inés se seca las lágrimas, sacude la cabeza y la levanta con entereza. Toma el mate y el termo bajo el brazo y le dice a su marido:

-Voy saliendo, en un rato tenemos reunión. Voy a preparar a Lauri. –suspira mientras le aprieta suavemente la mano a su marido.

Vuelve a la cocina y le dice a Laura que se cambie para salir. La nena se levanta de un salto, porque a ella le gustaba ir con su abuela a esas reuniones.

Inés se pone las zapatillas cómodas y un saco de media estación porque a la vuelta seguro refresca.

-Bueno, viejito nosotras ya nos vamos. ¿Ya estás lista, Laurita?

-Sí, ya casi, abuela.

-Bueno, entonces nos vamos –dice Inés, anudándose el pañuelo blanco en la cabeza.

-Abuela, ¿por qué te ponés el pañuelo? –pregunta Laura, terminando de ponerse el saquito sobre el vestido de cuello grande que le había elegido Inés.

-Así nos identificamos, Laurita, nos distinguimos.

-Entonces yo también quiero uno, abuela.

Inés le sonríe con ternura, le da un beso y salen de la mano.

La historia de Leticia

Leticia Margarita Oliva nació el 26 de agosto de 1948 en Plaza Huincul, Neuquén. Su padre, Juan Bautista Lorenzo Oliva, era inspector de YPF y su madre, Margarita Carmen Bellocchio, ama de casa.

Hasta los 15 de Leticia la familia Oliva vivió en calle Berutti, en Bahía Blanca. Su hermano Guillo recuerda que tuvieron una linda infancia. Leti jugaba mucho con los varones, nunca una muñeca. Guillo rememora sus días con su herma-

na: *“Jugábamos mucho juntos en el patio de casa, armábamos un circo y les cobrábamos entrada a los pibes del barrio. Leti era la domadora, yo el payaso y otro era el equilibrista. Habíamos hecho una casita en un árbol y estábamos todo el día trepados ahí. Mamá nos preparaba la leche, bajábamos una tabla con una sogá, nos ponía la leche ahí y la tomábamos arriba. Nos peleábamos por boludeces de pendejos. Una vez yo me pegué un porrazo bárbaro tirándome de un muro y ella se mataba de risa, tanto que nos terminamos cagando a palos. Pero fue lindo, muy lindo. Yo me perdí de disfrutarla en la juventud.”*

Cuando Leti empieza segundo o tercer año del secundario, a su papá, que era inspector de YPF, lo trasladan a Río Gallegos. Allí también estuvieron mucho juntos los hermanos Oliva. *“En cuanto llegamos, ella se sumó a una barrita enseguida y yo quedé en banda, solo. Entonces hacían asaltos y me invitaban. Y la primera novia que tuve fue amiga de Leti. Ahí sí íbamos a todos lados juntos. En casa, mis viejos eran muy gambas con nosotros. Al fondo se había hecho una laguna como de 100 metros que se congelaba y venían todos los amigos y patinábamos ahí, jugábamos al truco, escuchábamos música. Después de casarme y que Leti se fuera a La Plata, nos empezamos a ver menos. Ella venía con Toto, cada 3 o 4 meses y se quedaba sólo uno o dos días.”*

A Leticia todos la querían, era muy tranqui, y siempre fue una piba muy madura para la edad que tenía, y muy reservada con la familia. Tenía un concepto de la amistad muy fuerte, igual que su papá y su hermano. Pero ella era de plantarse y discutir, en la familia o en cualquier ámbito. Con su papá discutían mucho. Era la única que lo enfrentaba, ya que los Oliva eran una familia patriarcal, la mamá hacía lo que su marido decía. Cuando Leti se independizó yéndose a vivir a La Plata, ella iba de visita y se agarraban mal, pero mal con su papá. Pero la discusión no era eterna, ya que él se daba vuelta

enseguida. “Discutía como si te fuera a matar y al ratito capaz que te estaba dando la razón”, recuerda Guillo.

En su juventud había estudiado psicología en la Facultad de La Plata, donde empezó sus primeros pasos en la política junto con su compañero Orlando René Méndez (Toto) militando en Montoneros. Ambos trabajaban, estudiaban, leían muchísimo, les dolía su país. Querían un país distinto para sus hijos, un país libre y democrático. Dentro de la organización el nombre de guerra de Leticia era ‘Naty’. Del ’74 al ’76 Leticia militó en la Agrupación Evita de Montoneros y compartió tareas con Marta Álvarez y con la mamá de Ángela Urondo, Lucy, que era responsable de ambas. En la iglesia Santa Amelia de Capital Federal organizaron junto a otras mujeres una guardería para los niños del barrio. Marta recuerda hoy esos días: *“Fue un trabajo lindísimo porque tuvimos muy buena acogida en el barrio con esta propuesta y las madres eran muy copadas. Hacíamos peñas, festivales, para juntar los fondos necesarios y poder montar la guardería. ¡La guardería por fin pudo hacerse! Después nos fueron otorgadas otras tareas y otros destinos y dejamos la parroquia. ¡Recuerdo todo ese tiempo como el más hermoso de mi militancia!”* Era el tiempo en que Leticia y Toto buscaban a Laura “con mucho ahínco” y mucho, mucho amor.

Toto desaparece en octubre de 1976, cuando acude a una cita junto con su hijita Laura, de once meses. La bebé va primero a la ESMA, y luego es llevada a Casa Cuna, y recogida por sus abuelos paternos al día siguiente. Leticia empezó entonces un período de clandestinidad extrema y de separación con su beba que duraría 4 meses. Juan, su papá, quiso varias veces sacarla del país, y ella no quiso.

Norma, cuñada de Leticia, recuerda que cómo fueron los días posteriores a la desaparición de Toto. Leticia se cortó el

pelo y se tiñó de rubia. Estaba muy mal, ni hablaba. Quería, necesitaba estar con su hijita, pero al mismo tiempo se daba cuenta que no podía. Andaba de un lado para otro, no estaba segura para nada. Norma se reunió en un bar con el Gordo Rosell (compañero y amigo de Leticia y Toto, hoy desaparecido) y acordaron que lo mejor era que a la beba la retiraran sus abuelos de Casa Cuna con una estrategia: le dirían al juez que Leti andaba “en algo raro” y que querían rescatar a la nena. Así el juez les dijo a los abuelos que saquen a Laura de Casa Cuna y la lleven a Entre Ríos directamente, que la bebé no podía tener ningún contacto con la madre, porque si sucedía algo perdían todo derecho sobre la niña. Norma recuerda cómo fue ese momento: *“Y así fue, te sacaron de Casa Cuna, se subieron al auto en el que estábamos con mi marido Orlando, y mi hijo Maxi, y nos fuimos a Entre Ríos directamente, asustadísimos. Cruzamos cantidad de controles de milicos, pero por suerte no pasó nada. Desde la desaparición de Toto, mamá, papá y yo viajamos todas las semanas a Buenos Aires durante 3 meses más o menos. Averiguábamos, íbamos a los organismos de derechos humanos, etc.”*

Laura pasó 4 meses viviendo en compañía de sus tíos y primos en Concordia. Allí dio sus primeros pasos y cumplió su primer año, separada de su mamá.

En marzo de 1977 Leticia se fue a vivir con un matrimonio y sus tíos llevaron a Laura a Buenos Aires, para que se reencuentre con su mamá. Una vez juntas, Leticia quería mudarse sola, irse de esa casa en la que estaba de prestado. Ahí conoció a Susana Miguez y decidieron alquilar algo juntas. En julio o agosto del '77 se mudaron las tres: Leticia, Laura y Susana, a un departamento en la calle Gascón.

Durante todo el año '78 Leticia entabló una relación con Omar Cabral, quien cuenta que ella era muy alegre, entusias-

ta, que llevaba una vida normal. Que todo lo que vivieron fue fantástico. A los dos meses de estar juntos, ella le cuenta lo que había pasado con Toto, también le cuenta que ella había participado de secuestros, que sabía de explosivos, que había hecho apoyo en operativos. Que no había sobrevivientes de su grupo, que era la única viva, de modo que no había nadie que la delatara, por eso estaba tranquila.

Cabo (Gabriel Fontenla, amigo y compañero de militancia de Toto y Leticia) coincide con Omar en que Leticia pretendía comenzar una nueva vida. El horror que había pasado de perder a su compañero, y sobre todo perder a su hija, la había asustado tanto que al recuperarla estaba en una especie de alegría eufórica. Se fue en cuanto pudo de Montoneros y decidió empezar de cero, sólo quería vivir con su hijita y estar bien, cosa imposible de hacer, sin tomar, al menos, algunas precauciones. Ella enviaba y recibía cartas con su nombre, son varios los que coinciden en que seguramente ese fue el modo en que la encontraron.

Leti trabajaba desgrabando sesiones de psicología. Tenía mucho trabajo así que se le complicaba continuar regularmente con su carrera (había retomado sus estudios de Psicología en la UBA). Los encargados del edificio la querían mucho y la nuera de ellos, que tenía 16 años y estaba embarazada, era la niñera de Laura.

Todo parecía encaminarse en la vida de Leticia, hasta el día en que todo se derrumbó.

El 27 de diciembre de 1978, aproximadamente a las 10 de la mañana, llegan al departamento de Leticia, ubicado en Gascón 619, Capital Federal, unas 10 personas de civil que portaban armas y que se identificaron ante el portero del edificio de nombre Florencio como pertenecientes a Coor-

dinación Federal, entran al departamento donde estaban la hijita de Leticia de 3 años de edad y la niñera, preguntan por ella y como la niñera les dice que está trabajando y que hasta las 16 hs. no regresa, le dicen que la van a esperar. Se instalan, mandan a uno de ellos a buscar comida, se hacen atender por la niñera (que es una chica de 15 años embarazada, a los 3 días dió a luz), le hacen preguntas sobre Leticia, le dicen cosas como por ejemplo si sabe que ella está trabajando para una asesina, revisan todo, y cuando se van se llevan todos los artefactos del hogar, todo lo de más valor porque le dicen a la niñera que son cosas robadas, la chica les dice que ella sabe que la señora compró esas cosas, que ella misma ha ido a pagar las cuotas, pero no le hacen caso. Alrededor de las 13 hs. llega la compañera de departamento de Leticia, de nombre Susana Miguez, le vendan los ojos y le hacen preguntas sobre Leticia y le dicen que perteneció a una organización subversiva y como Susana les dice que ella no cree eso, le pegan. A eso de las 17 hs, cuando llega Leticia, la increpan duramente, le propinan golpes de puños, le vendan los ojos y la esposan, y así se las llevan a las dos, a Leticia y a Susana. Antes la dejan que le dé un beso a su hijita que presencié todo el procedimiento, y le dicen a la niñera que se la lleve a su casa y que avise a los abuelos, cosa que ella hizo así.

A Susana la dejan en libertad el mismo día en horas de la noche, y por ella sabemos que las llevaron acostadas en el piso de un auto, viajaron bastante, dicen que cruzaron un puente y que por unos boletos de colectivo que encontró luego en el departamento, piensa que las llevaron a Morón. En el cautiverio en un momento la llevaron, siempre con los ojos vendados, a donde estaba Leticia, y uno de los captores le dijo a Susana que escuche lo que le iba a decir Leticia, y ésta le dijo que había pertenecido a la Organización Montoneros,

después la llevaron a Susana a otra habitación. Leticia lloraba y la llamaba. Aproximadamente a las 22 hs. la sacaron nuevamente a Susana en el piso de un auto con los ojos vendados y la llevaron al departamento y allí le dijeron que les apronte un bolso con ropa de Leticia y se fueron llevándose otras cosas de la casa que habían dejado en el primer viaje.

La niñera fue a lo de sus suegros, los porteros, que tenían el número de la tía Checha (hermana de la madre de Toto, que vivía en Buenos Aires y tenía mucha relación con Toto y Leticia. Seguramente era uno de los números que recordaba Leticia). Así fue como la familia se enteró que la habían secuestrado. Como los abuelos paternos de Laura ya tenían la tenencia, el 30 o 31 de diciembre vuelven de Buenos Aires a Entre Ríos con la nena.

Durante su secuestro, a Leticia le permitieron hacer algunas llamadas telefónicas. Llamó un par de veces a la casa de sus padres en Bahía Blanca, y a un teléfono en Capital Federal, el de Checha, tía de su compañero.

Guillo, hermano de Leticia recuerda: *“Las poquitas veces que Leti llamó a casa estando secuestrada eran terribles. Me acuerdo que una vez llamó y nos amontonamos todos alrededor del teléfono. Hablaba papá y decía “decime ¿cómo estás? No, no, cómo estás, decime cómo estás? Dame con el hijo de mil putas que tenés al lado!” a los gritos, y le cortaban y puteaba a los gritos, y se tomaba un litro de vino. Una vez yo llego y él estaba destruido, ni me hablaba. Y me cuenta mamá que Leti había llamado y le dijo “ésta es la última vez que me dejan hablar”.*

El último llamado fue el 7 de febrero de 1979.

Todavía no se pudo determinar el lugar en el que Leticia y Susana fueron alojadas al momento de su secuestro, la hipótesis actual del equipo Argentino de Antropología Foren-

se (EAAF) es que permanecieron en una casa operativa de la Aeronáutica dependiente de la Regional de Inteligencia de Buenos Aires (RIBA).

El 13 de febrero de 1979 encuentran el cuerpo de la mujer en las aguas de la costa de la localidad bonaerense de Punta Indio, a pocos kilómetros de la Base Aeronaval de Punta Indio. Una semana después fue enterrado como NN, y nadie supo quién era.

Recién en 2015, a partir de comparaciones dactiloscópicas efectuadas por el Ministerio de Seguridad en un proyecto conjunto con el EAAF, se pudo establecer que ese cuerpo enterrado como NN en la tumba 46 del cementerio de Magdalena pertenece a Leticia Oliva.

Laura Méndez Oliva, la hija del matrimonio Méndez Oliva que nació en 1975 y actualmente reside en Paraná, trabajando en la Subsecretaría de Derechos Humanos de Entre Ríos, recibió el llamado del EAAF el 31 de marzo de 2015 y se presentó al día siguiente en las oficinas en Capital Federal, junto a su tía Norma Méndez, Gabriel Fontenla (compañero de militancia de sus padres), y el subsecretario de Derechos Humanos de Entre Ríos, Julián Froidevaux. En la oportunidad fueron puestos al tanto de las novedades por Maco Somigliana, coordinador del Equipo.

En el año 2005, a partir de una denuncia realizada por las tumbas que se encontraban en Verónica y Magdalena, comenzó una investigación, que 10 años después resulta en este hallazgo que revela la identidad del cuerpo de Leticia Oliva.

Según relatan los habitantes de la zona, era común encontrar cuerpos por el Río de La Plata, pero las órdenes eran que tenían que enterrarse como NN, razón por la cual en el caso en mención es llevado al cementerio de la localidad veci-

na de Magdalena bajo una partida de defunción, como “NN”. Así sucedía con otros cuerpos durante la dictadura genocida, ya que provenían de los llamados vuelos de la muerte, en su mayoría con secuestrados de la ESMA, Campo de Mayo y Fuerza Aérea. Esto además fue comprobado por los signos que presentaban los cuerpos hallados, además de las torturas, provocados por la caída al agua.

La metodología adoptada para la investigación tiene un carácter relativamente reciente, y abre nuevas posibilidades para encarar averiguaciones en torno a ciudadanos detenidos desaparecidos. El trabajo del EAAF consistió en realizar comparaciones sistemáticas con las identificaciones dactiloscópicas existentes en los organismos de seguridad con las de víctimas del terrorismo de Estado. Del mismo modo, el trabajo se realizó en otros casos de desapariciones, por iniciativa del Ministerio de Seguridad de la Nación, como el de Luciano Arruga, visto por última vez en 2009 y recién identificado el año pasado.

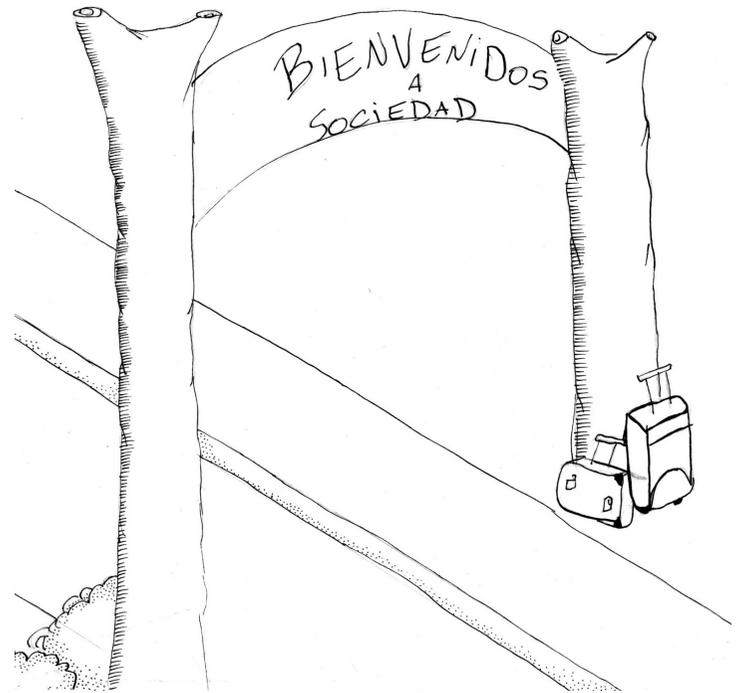
En este hecho puntual, se cotejaron las huellas de Leticia Oliva que figuraban en el Registro de las Personas con las que correspondían al acta de defunción del cuerpo NN hallado en las costas de Punta Indio, cerca de Verónica, llegando a la conclusión de que se corresponden “en forma fehaciente e indubitable”.

Si bien no existen certezas de que los restos de Leticia se encuentren aún en el cementerio de Magdalena, sí se sabe que fue enterrada en la tumba N° 46.

LETICIA OLIVA, PRESENTE.

AHORA Y SIEMPRE.

≈
CAPÍTULO 3
≈



Laura, una adolescente

Corría marzo de 1988, Laura era ya una adolescente que recién empezaba la secundaria. Se había ido a vivir con su tía Norma y su familia a Sociedad, un pueblito que quedaba cerca de Concordia, donde se había criado con sus abuelos. Para ella era como vivir en la casa de al lado, y era muy cercana a sus tíos y primos.

Empezar en otra escuela fue un poco difícil para Laura, porque no se sentía muy contenta. La idea de cambiarse y hacer amigos nuevos no le gustaba mucho. Sabía que si se hacía otros amigos les tenía que contar su historia y todo lo demás y no quería saber nada. Estaba muy nerviosa porque era el primer día y si no charlaba con nadie iba a quedar como una loca. Las horas se hicieron interminables, hasta que llegó la hora de irse. ¡Por fin había terminado este día infinito!

-Como siempre va a estar la abuela afuera esperándome—pensó Laura entusiasmada.

Pero no. Afuera la esperaba la tía Norma. Se dio cuenta de que todo era diferente ahora.

-¿Y, Laura? ¿Cómo te fue en tu primer día?—preguntó Norma camino a casa.

-Bien, la escuela es linda, no charlé casi con nadie, para no llamar la atención... Tuvimos historia en la primera hora y la profesora, como siempre pasa cuando empieza uno nuevo, me llamó al frente y me dijo: “bueno, Laura, contanos de dónde venís y cómo te sentís en tu nueva escuela, y si querés contarnos un poco de tu vida para conocerte más.” Yo no sabía qué decir, me quedé muda.

Después de un rato les conté que me había mudado con ustedes, que antes vivía con los abuelos... La profesora dijo frente a todos que yo iba a poder hablar en el acto del 24 de marzo, como si fuera tan fácil, sin saber si yo quiero o puedo contar frente a todos la historia de mamá y papá. Me fui a sentar, porque no quería hablar más. Fue bastante incómodo.

-¡Cómo te parecés a tu papá cuando fruncís el ceño! – dice Norma con dulzura-. Pero no te pongas mal, tranquila, ya vas a hacer amigos y te vas a sentir cómoda. Ya pasó el primer día. Vamos a almorzar, que hice pastel de papas, ¿a vos te gusta el pastel de papas, no?

-Sí, a la abuela también le sale riquísimo –le sonrío Laura mientras se desabrocha el guardapolvo.

Norma pone la mesa, en la que desde ahora había una silla más.

La historia de los años '90

sdf,gk

